

intento mencionar aquí los innumerables escritores que en concepto de exégetas ó críticos se han ocupado de los clásicos de la Hélade, ni tampoco viene á nuestro propósito. Más de doscientos menciona Fabricio en su *Biblioteca griega* que se han ocupado de las obras de Homero, y solamente acerca de los comentadores de éste escribió un escoliasta de Diógenes Laercio un volumen *Περὶ ἐξηγητῶν Ὁμήρου*, á la manera que lo hizo Antistenes sobre los comentadores en general, los que en orden á los principales oradores, poetas é historiadores griegos son casi incontables. La exégesis llegó pronto de esta suerte á extremos exagerados, y los escolios añadidos á gran número de autores no respondían á los altos fines que con este linaje de trabajos se habían propuesto sus iniciadores, sino que habianse convertido en narraciones inconducentes, cuando no inexactas, y en frívolas explicaciones de que aun quedan ejemplos. Sabido es lo extremado de la investigación de muchos escoliastas en cuestión de nombres y palabras, uso de estrofas y antiestrofas, y de razones arbitrarias y vanas que en todas partes descubrian, y que tan justas quejas ha ocasionado de parte de los hombres sensatos y discretos. Eustacio en sus comentarios á la *Iliada*, en el canto segundo, nos habla del afanoso empeño que muchos escoliastas ponían en escudriñar las razones que habrían podido determinar á Homero á comenzar el catálogo de guerreros y naves por la Beocia y no por otra provincia, así como de la misteriosa cábala que se imaginaban en el número de los convidados de Agamenón.

Tales abusos en la *exégesis* reclamaban pronto correctivo, que á la vez sirviese para moderar y encauzar la acción de los comentaristas; por otra parte, imponíase la necesidad de clasificar convenientemente las obras literarias según el mérito de cada una y adjudicarlas á sus respectivos autores, separando los libros auténticos de los espúreos, y distinguiendo dentro de ellos los elementos legítimos de los extraños. Esta fué labor meritoria y empresa grande de la *critica*, que hubo desde luego de ejercitarse con preferencia sobre las obras homéricas, ya porque ellas constituyeron entre los griegos objeto de culto singularísimo, ya porque esta misma preferencia y el mérito de las obras eran de suyo harto ocasionados á abusos de todo género que vemos aparecer desde el momento en que los rapsodas se encargan de llevarlas de pueblo en pueblo y son á la vez pregoneros, intérpretes y cantores de aquellas epopeyas en todas las regiones de la Grecia.

No habian bastado á impedir la acción desfavorable del

tiempo y el influjo de las circunstancias, los esfuerzos que se llevaron á cabo por muchos para conservar la integridad de las obras clásicas, las cuales sufrían notables quebrantos. Estas alteraciones unas veces eran debidas á la *homología* de nombres de los autores ó de los títulos de sus obras, otras á la *analogía* del argumento de éstas, y no pocas veces obedecían al deseo de poseer los escritos originales, siquiera fuesen supuestos, de autores de renombre, como refiere Ammonio de los libros de Aristóteles, llegando en este punto el espíritu comercial á desfigurar artificialmente los manuscritos de suerte que escritos nuevos y apócrifos simulaban antiguos y auténticos, según nota Dion Crisóstomo. Tales abusos llegaron á extremarse en tiempos de las escuelas de Alejandria y Pérgamo, las cuales rivalizaban en pretender la gloria de superioridad en sus bibliotecas.

El carácter de estos desmanes y la causa que los ocasionaba, hizo se procurase atajarlos eligiendo para las bibliotecas públicas hombres de erudición y criterio que supiesen distinguir los libros legítimos de los que no lo eran, y juzgar del mérito de las obras. Al efecto fueron designados gramáticos, los cuales en adelante encontramos como prefectos de las bibliotecas griegas y romanas. No tardaron en aparecer trabajos de crítica que al mismo tiempo eran gramaticales, y que abarcaban todos los géneros de producciones literarias. Entre éstos están el libro de Demetrio Magnesio sobre los escritores homólogos, que menciona Laercio; el de Dionisio Sinapense de que hablan algunos escoliastas de Demóstenes; los 720 libros de la tabla de Calímaco, que se dice refería cronológicamente los autores entonces conocidos, sus obras todas y títulos respectivos, las partes de cada una y las palabras con que comenzaban. Con igual intento se han hecho otros trabajos que se referían á autores determinados, como los diversos de que ha sido objeto Homero, el de Andrónico Rodio sobre las obras de Aristóteles que menciona Plutarco y al que alude Laercio, los trabajos diversos de crítica bibliográfica de Pánfilo Alejandrino, Télefo Gramático y otros que refiere Suidas. A este género han de reducirse los estudios que los griegos, á manera de los masoretas hebreos, efectuaron acerca de los signos, estableciendo un sistema completo de ellos para distinguir los pasajes verdaderos, los supuestos y los dudosos, los períodos alterados por los copistas, los repetidos, enmendados, etc. (1). Las obras de Platón, Aris-

(1) Sobre estos signos que, como *distintivos* y aunque en diverso sentido de los de la *masora*, pudieran llamarse *diacríticos*, se ha

tóteles, de Demóstenes, de Hesiodo, de Pindaro, y singularmente de Homero, han sido objeto de muchos estudios especiales de este género. Debido á la exquisita atención de que fueron objeto los libros de este último, pudo decirse que era más fácil cosa despojar á Hércules de su clava que quitar un solo verso á Homero (1).

ocupado la antigüedad con diligencia no pequeña, cual lo requería la conservación de las obras y su integridad. Descuidados luego por muchos copistas hubieron de recordarse más tarde cuando igualmente ya en el siglo VI de nuestra era se reprodujeron las reglas que sobre la separación de las palabras había dado Aristófanes de Bizancio. Acerca de los signos homéricos han escrito con singular cuidado Aristónico Alejandrino y Filoxeno, quien además expuso los de la *Teogonía* de Hesiodo.

(1) El centro primero de todo el sistema crítico griego, generador del de los romanos y otros posteriores, fué, como se colige de lo que diremos en el texto, la *Cuestión Homérica*, cuya solución se disputaba en Grecia con viveza singular, con carácter análogo al que á dicho problema suele dársele en nuestros días. De antiguo discutíase si Homero fué ó no el infortunado hijo de Meón, el ciego de Esmirna, que ganaba el sustento cantando de ciudad en ciudad los versos de sus inmortales poemas; disputábase también la época de su existencia (desde el 1000 a. J. al 600 oscilan en esto las opiniones), y más aun cuál fuese su patria, honor pretendido por siete ciudades. Al llegar la crítica Alejandrina de los textos homéricos, las controversias acentuáronse más, y sobre todo ciñéronse al contenido de los poemas, iniciándose la discusión de la legitimidad de algunos versos y de la integridad y sentido de otros, y lo que es más, negóse por los gramáticos de la escuela que se dijo *separatista* (*οἱ χωρῖσθες*) que fuese uno mismo el autor de la *Iliada* y de la *Odisea*.

La tradición antigua consiguió, sin embargo, imponerse posteriormente, respetándose como de Homero, á más de aquellos poemas, otros que no lo son ciertamente como el *Μαγνήτης* y la conocida parodia de la *Iliada Βατραχομωμᾶχία* que acompaña á algunas ediciones de ésta.

Sobre la antigua fe de la elaboración unipersonal de la *Iliada* y *Odisea*, descansó la filología largo tiempo, como sobre la labor de los gramáticos de Alejandría reposa la verdad de la contextura de aquellos monumentos épicos, tales como llegaron á nosotros. Y aunque alguna voz se ha dejado oír opuesta á los ecos de la tradición, como la de Bentley, la de Vico etc., sólo la autorizada palabra de Wolf hizo plantear seriamente el problema de los orígenes de dichas epopeyas, viniendo así nuevamente Homero á ser objeto preferente de crítica, al inaugurarse con Wolf la Filología general, dicha científica. El autor de los *Prolegomena ad Homerum* al negar el uso de

Las corrientes combinadas de gramática *exegetica* y de gramática *critica* de las escuelas alejandrinas, mientras por una parte ejercían marcado influjo en el desarrollo de la gramática *técnica*, reclamaban á la vez su auxilio para los trabajos de conjunto que debieron realizarse en los clásicos. Basta recordar que no se trataba de simples ediciones —*ekdoseis*— de libros,

la escritura en Grecia en los tiempos del poeta, reforzando con nuevos datos los aducidos antes de él en el mismo sentido negativo, derriba de un golpe el edificio de las glorias homéricas, quebrantando decididamente la unidad originaria de ambas epopeyas, ya que la composición de poemas tan extensos hecha de memoria y la conservación de los mismos sin consignarlos por escrito, serían cosas imposibles. Sustituido así Homero por los poetas y *rapsodas* cuyas pequeñas canciones de corte heroico fueron más tarde eslabonadas bajo un plan (en tiempo de Pisistrato) de donde proceden la *Iliada* y la *Odisea*, los partidarios de Wolf fueron más allá que el maestro, tratando de distinguir las suturas de las diversas canciones componentes y de separarlas restituyéndolas si posible fuese á su primer estado independiente, mientras los defensores de la antigua escuela reclamaban contra Wolf y aprovechaban las disensiones mismas de sus discípulos en la osada empresa de desmembración homérica, para impugnar fuertemente tal empeño. Las famosas *Betrachtungen zur Ilias* de Lachmann, descomponiendo la *Iliada* en dieciocho canciones combinadas, más ó menos auténticas, hizo prosélitos decididos que practicaron la misma labor de disección con la *Odisea*, á la vez que volvían de nuevo sobre la *Iliada*, apartándose de Lachmann y fraccionándose también entre sí al hacer las divisiones y el recuento de piezas halladas.

No hace á nuestro intento ni sería fácil encerrar en pequeño espacio el inmenso movimiento crítico por esta cuestión ocasionado. Una reacción harto pronunciada se forma ya contra las exageraciones de Lachmann y sus seguidores, y la defensa hecha por la escuela conservadora, á cuya cabeza figuró con honor Nitzsch, acérrimo impugnador de Wolf y Lachmann, viene á justificarse en sus líneas generales. Y aunque á la tradición antigua sobre Homero no se volverá más, tampoco prevalecerá el criterio innovador en todas sus partes. Que ha existido una civilización prehelénica, intermedio de la oriental y de la griega, que se extendía por las costas del Asia Menor, las de la Grecia oriental é islas del Egeo, base más que suficiente para que no sorprenda la labor homérica y aun para suministrarle el fondo histórico de ella, es innegable, y las investigaciones arqueológicas que sobre ello inició Schliemann con éxito, conducen á eso mismo. Que la escritura se conocía en Grecia en tiempo de Homero (por los siglos VIII y IX), aunque no estuviese en uso la lectura de los poemas, sino su recitación, y que aquélla era emplea-

sino de labor más honda, fruto de la crítica histórica y de la gramatical y literaria —*diorthoseis*,— según lo exigían la multitud extraordinaria de manuscritos que de todas las partes de Grecia afluían á Pérgamo y Alejandria, los cuales por sus muchas variantes de todo género era menester examinar así crítica como gramaticalmente. Examen que con tanta mayor emulación hubo de efectuarse, cuanto de él dependía en buena parte el triunfo en la empeñada lucha que iniciaron Aristarco y Zenódoto acerca de la interpretación de Homero, de donde provinieron dos escuelas diversas entre cuya crítica era necesario decidir (1).

da por los autores para la conservación de las composiciones; que existió en dicha época un poeta notable que llamaremos Homero, el cual redactó un poema épico bajo el plan general que hoy presenta la *Iliada*, y que otro poeta posterior de no menores talentos compuesto á ejemplo suyo la *Odisea*; que *Iliada* y *Odisea* en boca de los rápidos sufrieron alteraciones, y que otros poetas han introducido episodios y escenas según lo juzgaron conveniente para el mejor éxito de los poemas; que estas alteraciones datan de muy antiguo, y existían con anterioridad á los *poemas cíclicos* griegos, á los cuales sirvieron aquéllos de modelo, y que no es posible distinguir con exactud lo genuino de lo que no lo es, tales son las conclusiones que parecen hoy más fundadas, sostenidas por filólogos de prestigio.

(1) Ambos críticos han sido objeto de trabajos especiales; entre otros, son de mencionar el célebre libro de Lehrs *De Aristarchi studiis homericiis*, y el de Düntzer *De Zenodoti studiis homericiis*. Por su parte Pierrón en su Prefacio á la *Iliada* condena á Zenódoto de manera inexorable, mientras Nanck llega á decir de Aristarco que ni aun conocía suficientemente el griego para la crítica: —*graecae ling. minus gnarus*.— Si Zenódoto ha podido ser exagerado en algunas de sus aserciones, la fidelidad de Aristarco es, como dice Bruchman en su *Crítica del texto homer.* harto dudosa, y el dicho de Cicerón: *Aristarcus Homeri versum negat, quem non probat*, puede tener para su sistema significación poco favorable. (V. *Die hom. Textkritik in Altertum* de La Roche).

No sería difícil encontrar en las antiguas escuelas los principios de la *crítica*, tal como vinieron á presentarla las escuelas de Escalígero y Bentley. Y en efecto, la *crítica subjetiva* de Bentley no es otra cosa que el procedimiento de Zenódoto metodizado, como Hermann, dentro de la escuela de Escalígero, tiende al procedimiento de Aristarco. La escuela *apriorística* de Peerlkamp, Lhers, etc., tiene su precedente en el viejo método dicho de *Procusto*, y no faltan tampoco ejemplos de la moderna escuela *conservadora* entre los antiguos. Entre los modernos la crítica de textos se ajusta al método de Bekker, Dindorf etc.

La influencia de Zenódoto se hizo luego sentir en la gramática por la forma analítica de sus investigaciones, y el criterio seguro con que regularmente procedía en ellas. Fué el primero en distinguir el artículo griego del pronombre personal, restableciendo con ello el artículo delante de los nombres propios de la *Iliada* y de la *Odisea* en sus correcciones de Homero y distinguiendo además el carácter del dual y plural en las obras de éste, si bien exagerando el uso del dual.

En cuanto á Aristarco, sabido es el universal renombre que se ha conquistado en la antigüedad de crítico y de gramático, y cómo ha impuesto á Grecia y Roma sus preceptos literarios. Más de cuarenta célebres gramáticos salieron de su escuela, y por centenares, al decir de los autores antiguos, corrían entre los sabios sus escritos. Aristarco y el ya mencionado Crates de Mallos, á quien tanto deben los estudios lingüísticos griegos, se denominaron *críticos*, según escribe Dión Crisóstomo, así como Eratóstenes prefirió el nombre de *filólogo*, con otros que refiere Suetonio, á la manera que no han faltado entre griegos y romanos cultivadores de la gramática y de la crítica que quisieron distinguirse con el calificativo de *polystores*.

El periodo alejandrino extiéndese desde Zenódoto en tiempo de Ptolomeo Filadelfo (284-247 a. J. C.), hasta Apolonio Discolo y su hijo Herodiano en tiempo de Marco Aurelio (161-180 de J. C.) Durante él, y debido á las mismas rivalidades de la escuela de Pérgamo y á las diversas corrientes de interpretación que llegaron á establecerse, se ha estudiado de una manera crítica y filosófica la lengua griega, se creó el tecnicismo gramatical, se distinguieron las partes del discurso y las categorías generales de la palabra, se establecieron las bases de la crítica, no sólo para apreciar la autenticidad, sino también para juzgar de las condiciones de estilo en muchos escritos, y para hacer la conveniente distinción entre las formas arcaicas y las formas clásicas así en la palabra como en la dicción, llegando de esta suerte Alejandria al emporio de su grandeza en el cultivo de las letras. Según testimonio del retórico Menandro, gloriábanse tanto los alejandrinos de su pericia en la gramática, como los tebanos en el arte de pulsar la lira y los de Mitelene en el canto al son de la cítara. Después del periodo alejandrino la gramática griega entra por los caminos de la cultura romana, venida de Grecia, y decae con ella en la forma que indicamos arriba.

La lexicografía griega nació también, como la filología general, después del periodo del clasicismo, para fijar la signifi-

cación del lenguaje de Homero y conservar las riquezas del dialecto ático en su pureza. De esta rama de la filología helénica hablaremos al ocuparnos del sistema gramatical griego.

Hemos hecho mención refiriéndonos á los gramáticos griegos, de Dionisio de Tracia, por la representación que en los estudios de aquella lengua le corresponde, y volvemos á recordar su nombre al pasar á los gramáticos romanos, por la significación histórica que tiene como promotor y divulgador del helenismo en las escuelas de Roma: «*Διονύσιος Ἀλεξανδρεύς, Θραξ δὲ ἀπὸ πατρὸς τοῦνομα κληθεῖς, Ἀρισταρχοῦ μαθητῆς, γραμματικὸς ὃς ἐσοφίτευσεν ἐν Ῥώμῃ ἐπὶ Πομπηίου τοῦ μεγάλου.*»

Un griego, pues, de origen tracio, discípulo de Aristarco, se establece en Roma en tiempo de Pompeyo, para ofrecer á los latinos un manual práctico de la lengua que se propone enseñar de una manera práctica también, no sin aportar á la ciudad de los Césares las teorías y principios de los maestros de la Grecia que se convierten así nuevamente en maestros de Roma y de las teorías lingüísticas que vemos prevalecer entre los romanos. Con todo, Dionisio de Tracia así como no es el fundador de la disciplina gramatical, cuyos materiales ordenadamente dispuestos por él han sido preparados por los gramáticos que le precedieron, tampoco puede decirse el primer maestro de griego en Roma. Crates de Mallos, de la escuela de Pérgamo, discípulo de Diógenes el Babilonio que inició el movimiento y la dirección de su escuela contra la de Aristarco, enseñaba ya públicamente en Roma á mediados del siglo II antes de J. C., entre la segunda y la tercera guerra púnica, y fué el primero según Suetonio, en llevar el estudio sistemático griego á Roma: *Primus igitur, quantum opinamur, studium grammaticae in Urbem intulit Crates Mallotes Aristarchi aequalis*, etc. (De viris illustr. 2). Pero el carácter de la glotología latina exige la estudiemos, á la inversa de la griega, no como fundada en su respectiva literatura y por lo mismo posterior á ella, sino como concomitante y de desarrollo colateral á la lengua y á sus manifestaciones literarias. Es esta nota peculiar, por la cual la historia filológica latina se distingue de la griega, aparte de otras diferencias de que más adelante hablaremos, y por eso conviene tomar su conjunto desde los orígenes literarios, con anterioridad á la sistematizada influencia helénica.

Si hubiéramos de seguir, en efecto, la evolución de los estudios glotológicos latinos en toda su amplitud, hallaríamos que éstos han tenido manifestaciones simultáneas á la historia de la literatura romana, de la cual fueron aquéllos expre-

sión y complemento. Ajustando á la historia literaria de Roma las divisiones de su historia política, cuyos respectivos periodos guardan estrecha conexión y enlace, puede decirse que, como en la literatura latina, se distinguen en las doctrinas lingüísticas romanas dos grandes fases: una que comprende el doble período de la monarquía y de la república, y constituye la edad antigua de las manifestaciones filológicas, y otra la edad moderna, que comienza con el imperio y termina en la Edad Media. A la primera de estas dos fases corresponden tres secciones: la sección literaria de los cinco primeros siglos de Roma hasta los comienzos de su verdadera literatura con las primitivas representaciones dramáticas (a. 514 de R.—240 a. J. C.); la sección arcaica de los dos siglos subsiguientes hasta el término de la guerra social (514 á 666 de R., ó sea 240-88 a. J. C.), y la época de Cicerón, desde la fecha indicada hasta la batalla de Filipo (712 de R.—42 a. J. C.)

La primera de estas secciones sólo puede ser recordada desde el punto de vista filológico, en cuanto suministra monumentos literarios dignos de estima para el conocimiento de las antiguas formas lingüísticas latinas, ocasionados ora por el profundo sentido jurídico que revelaron los romanos desde la más antigua constitución política en tiempo de los Reyes, ora por los sentimientos religiosos que también determinan los orígenes de los primeros albores literarios del Lacio. En la literatura jurídica de esta época mencionaremos tan sólo las leyes de las doce tablas, que son á un tiempo indicio claro de los progresos rápidos de la cultura de la legislación romana, muestra insigne de ingenio creador en Derecho que se levanta con independencia de ajenas iniciativas y tradiciones y mantiene la fuerza de sus leyes sin el amparo de fingidas inspiraciones y teofanías, que fueron recurso obligado en los demás antiguos legisladores arios, é instrumento fehaciente en las investigaciones de la antigua formación latina y del estado del idioma romano en aquella edad (1).

(1) La legislación de las doce tablas debe decirse obra propiamente romana; pues no obstante la embajada enviada á Grecia y el honor de una estatua dispensado al intérprete de los decenviros Ermodoro de Éfeso, muy contadas son las disposiciones que revelan con certeza el influjo de las leyes solonianas. Este Código que, á diferencia de los de Zoroastro, de los griegos etc., no se presenta como obra de los dioses, ha sido objeto de muchas exposiciones entre los romanos, quienes le estudiaban en las escuelas aún en tiempo de

Por lo que hace á la literatura religiosa de la época á que nos referimos, los itálicos que no han creado ni tenido una mitología verdaderamente propia, no produjeron tampoco la riqueza literaria respectiva cual otros pueblos arios; pero si bien no se hallan entre ellos vestigios de una *cosmogonía* como la de Hesiodo ó de creaciones poéticas populares como se revelan en la *Iliada*, ó cual las que suponen los poemas indios y aun las tradiciones persas, no por eso han estado los antiguos pobladores itálicos desprovistos de literatura sagrada, compuesta en su mayor parte de himnos cuya forma arcaica se conservaba á través de las diversas generaciones, porque como recuerda Quintiliano, *mutari vetat religio, et consecratis utendum est*. De tales himnos, á más de las *Tablas Eugebinas* de los Umbrios quedan, pertenecientes á los romanos, restos de los himnos de los Salios y el canto de los Arvales. En los *examenta* (invocaciones) ó *Carmina Salaria* cuya historia no nos compete hacer aquí, el lenguaje era tan arcaico que, como es sabido, aun después de los comentarios de Stilón, Horacio afirmaba que no los entendía, y Quintiliano duda los entendiesen los mismos sacerdotes que los conservaban. Los tres fragmentos ofrecidos por *Maurenbrecher* en 1894 (Suplem. al *Jahrbuch* de *Fleckelsen*) atestiguan la antigüedad de sus formas de len-

Cicerón. De él quedannos tan sólo fragmentos conservados en su mayor parte por Festo, los cuales se han procurado dividir en doce partes según las doce tablas. Aunque la forma de dichos fragmentos ha experimentado la influencia de épocas posteriores, conserva sin embargo el tipo arcaico de sus orígenes. En ellos encontramos ejemplos de antiguas formas como *amtermini* (confinantes), *duere* por *dare*, *endoplare* por *implere*, *escit* por *erit*, *silis* por *lis*, *transdare*, *ansegetes*, *aevitas*, *arbosem*, *oenum*, etc; ejemplos de palabras empleadas en sentido anticuado, como la expresión enemigo —*hostis*— en significación de *forastero*, la de asíduo —*adsiduus*— en la de poseedor, etc.; ejemplos de morfología arcaica, como el genit. plur. en un por *orum*, *adgnatum* por *adgnatorum*, el genit. sing. de la 1.^a decl. en *as*, el de la 5.^a en *e*, el part. pas. en *s* por *tus*; *damnas* por *damnatus*, etc. En cuanto á la sintaxis ofrécese ejemplos de construcción elíptica como este: *Si in jus vocat, ito*; que significa: *Si Cajus in jus vocat Titium, Titius ito*; ejemp. de la figura de construcción tmesis, como *transquedato*, por *et transdato*; de cambio significativo en los tiempos verbales, como *si volet vivito suo* (imperat. significando concesión, por subjuntivo), de igual modo que otros ejemplos de régimen especial entonces. (Entre otros estudios críticos de las 12 tablas, v. el reciente de Voigt, *Die zwölf Tafeln*).

guaje, que es casi ininteligible. No de otra suerte el *Carmen fratrum Arvalium* (sacerdotes de la diosa *Dia*) que se conserva, lleva el sello del antiguo latín romano (1). A la literatura religiosa del periodo á que nos referimos pertenecen los libros de las respuestas de los oráculos y sus comentarios, *annosa volumina vatium*, que dice Horacio, de las cuales respuestas nos da Livio la muestra en dos vaticinios, relativos uno á la batalla de Cannes y otro á la institución de los *ludi apollinares*. Pero por cuanto el latín está allí claramente modernizado, pierden todo su valor á nuestro objeto (2).

(1) Este himno cantado á *Dia* para obtener abundantes cosechas, ha llegado á nosotros grabado en una pieza de mármol descubierta en Roma á fines del siglo XVIII, en tiempo de Pío VI. En él se invocan primero los dioses Lares ó *Lases*, luego *Marmor*, Mars, Marmor ó Berber, que son una misma divinidad, la del campo y de la primavera, y por último los *Semunis*, divinidades de la categoría de los *Lares*.

Hase trabajado con verdadero empeño en la reconstrucción del texto aludido, sin que se hayan obtenido resultados ciertamente definitivos. Después de las investigaciones de Bücheler, Bréal, Edon y Pauli, sin duda alguna de gran valor, ha hecho nuevo y concienzudo ensayo de interpretación Teodoro Birt, sometiendo las palabras del canto de los *Arvales* á un estudio morfológico, sintáctico y semántico el más completo, y haciendo intervenir en él la fonética exohistórica y la acentuación primitiva. Aunque la reconstrucción de Birt sea de hecho atrevida en demasía y su notable trabajo pueda recibir modificaciones, como habrá de recibirlas, es en principio el más aceptable. La interpretación de dicho crítico (*Das Arvalied*, en el *Archiv für Lateinische Lexicografie*, de Woelfflin, t. IX), reproducida ya por varios latinistas (cf. Ramorino, *La Poesía in Roma nei primi cinque secoli*, y en su *Lett. romana*), es la siguiente:

E nos, Lases, iuvate (tres veces).
Neve luerve, Marmor, sins incurrere inpleores (ter).
Sata tutere, Mays, Clemen sati sta Berber (ter).
Semunis alternei advocapit cunctos (ter).
E nos, Marmor, iuvato (ter).
Triumpe (cinco veces).

No es necesario decir que esta era la lengua de los *libri augurales*, de los *comment. augurum*, *libri saliorum*, *comment. magistratum*, y demás producciones en prosa de la época de los Reyes en Roma.

(2) Los himnos religiosos, así como algunos libros de vaticinios, fueron escritos en verso llamado *saturnio*, que era el de las canciones campestres. Su metro no se fundaba en la cantidad como el verso griego, sino en una convencional sucesión de palabras ordenadas

Si de la edad primitiva pasamos á la época que hemos llamado arcaica, hallamos una transformación extraordinaria literario-lingüística, originada principalmente por dos órdenes de causas que influyen en todas las manifestaciones de la vida intelectual y social de esta fase de la historia romana. Dichos dos órdenes de causas se sintetizan: 1.º en el desarrollo y crecimiento del poder de Roma, que despojándose de sus viejos prejuicios y estrecho concepto de patria, traspuso los confines antes señalados como de gentes *bárbaras* con sus crecientes

según el acento, con frecuentes casos de aliteración entre ellas. En verso saturnio fué escrito el antiguo *carmen rusticum* que recuerdan entre otros, Macrobio y Festo:

Hiverno pulvere — Verno, luto.
Grandia farra — Camille, metes.

En el mismo linaje de verso, aunque con muy varia distribución y extensión se han escrito otras muchas poesías. Recordemos la inscripción en oro de una tumba de Preneste, que se cree del s. 3.º de los Reyes: *Manios med fhefhaked numasio* (esto es, Manius me fecit Numerio—para Numerio); la llamada “inscripción de Dueno,” de traducción incierta y muy discutida, hallada en Roma (1880) y grabada en una taza de barro cocido: *Jovei sat Deivos qoi med mitat nei ted endo cosmís virco sied asted — noisi Ope Toitesiai pakari vois — Duenos med feced en manon einom die noine me mano statod*. Importantes también para la teoría de los saturnios son algunas inscripciones descubiertas en Roma en las tumbas de los Scipiones, como la de L. Cornelio Barbato (Consul en el 495 de Roma):

Hone oino ploirume—consentiont R—omai—
Duonoro optumo—Fuise viro
Luciom Scipione—Filius Barbati
Consul, censor, aedilis—Hic fuit a—pud vos—
Hec cepit Corsica—Aleriaque urbe
Dedet Tempestatebus—Aide mereto.

Otros ejemplos pueden verse en la *Poesía in Roma nei primi cinque secolí* de Ramorino, y en el más reciente trabajo de S. Ricci, *Epigrafía latina*. El citado Ramorino no cree improbable, y está en efecto lejos de serlo, que el saturnio latino sea resto é indicio de un antiguo metro común á la estirpe ariana (á varias de sus ramificaciones, al menos), de donde ha podido originarse el verso silábico del Zendavesta, el metro de los himnos védicos y el exámetro griego, con la diferencia de que donde como en Grecia, prevaleció la distribución rítmica de las palabras al pronunciar, fué preferida la cantidad, mientras en el Lacio por hacerse más perceptible la diversidad de sílabas acentuadas ó no que las de vocales largas y breves, se dió preferencia al acento.

conquistas, y concibió la idea de un dominio universal y con ella la de un cosmopolitismo amplio y sin restricciones; 2.º en la invasión de la cultura griega que comenzó entonces á imponerse á los latinos subyugando á un tiempo su inteligencia y su corazón con las producciones científicas y las creaciones del arte, que hicieron del pueblo vencedor un sumiso vencido y un rendido vasallo del helenismo.

Terminada la segunda guerra púnica y libres ya los romanos de la presencia terrible de Aníbal, levantóse con bríos el espíritu literario entre ellos, significado entonces á más de las producciones jurídicas, por ideas estéticas vinculadas al teatro y por conceptos filosóficos no sólo pitagóricos, antiguos en Italia, sino también epicúreos y estoicos, todo lo cual constituyó el primer vehículo para la invasión literaria de Grecia en Roma. Por entonces como se ha dicho, llenan de admiración á los romanos las lecciones de gramática y crítica literaria de Crates de Mallos, quien enviado en calidad de embajador al Senado, por haber roto una pierna véase obligado á detenerse entre los latinos. Pocos años después viene á Roma la embajada ateniese de los tres filósofos, de que hablamos en otro lugar, que tan grata impresión produce en la ciudad con sus discursos; sigue la toma de Corinto y la caída de la Grecia, lo cual ocasiona la traslación á Roma de muchos helenos que difunden allí su lengua hasta el punto de que no sólo se leen los autores griegos sin necesidad de ser traducidos, sino que en el teatro romano se representan los dramas en griego, no faltando quienes, como P. Craso el jurista (según testimonio de Valerio Máximo) conocían á perfección los cinco dialectos griegos y los hablaban como la lengua propia. De esta suerte, á fines del siglo VI las veinte escuelas de Gramática que existen en Roma, organizan ya una división metódica de sus estudios, preludio de la que prevaleció siglos después, distinguiéndose la gramática inferior ó enseñanza de los primeros elementos (*litteratores, grammatistae*), la gramática superior ó perfección gramatical y educación del gusto literario (*litterati, grammatici*), la retórica ó enseñanza del arte de bien decir (*rettores*), y luego la filosofía (*philosophi*). La significación y alcance de estas escuelas de una parte, que tendían al monopolio doctrinal, y de otras los abusos de los maestros de retórica, dieron lugar á las dos direcciones que aparecen claramente en el siglo VII de Roma, una *conservadora* opuesta á la invasión helénica, á la cual se le acusaba de desmoralizadora, y otra de criterio *innovador* que reprobando los abusos, se declaraba en favor de las corrien-

tes iniciadas originándose con ello una lucha muy sostenida en pro y en contra del griego, que acabó por el triunfo de los partidarios de éste, secundados por el movimiento irresistible de la nación en tal sentido (1).

Desde el punto de vista filológico-gramatical, los nombres que en el período *arcaico* á que nos referimos merecen ser citados son: el de Spurio Carvilio, el primero que abrió en Roma escuela gramatical latina, cuyo método vino á ampliar luego Crates de Mallos introduciendo el primero el método griego y la crítica literaria. A Carvilio se le atribuye la introducción en el alfabeto romano de la G (representada antes por la C, que tenía doble equivalencia), y la supresión de la Z por innecesaria (supresión que algunos dicen ser de Apio Claudio); el poeta Ennio, amigo de Scipión y maestro de letras griegas, uno de los más grandes escritores de Roma, que contribuyó poderosamente á la perfección de la lengua con sus numerosos escritos, introdujo el verso heroico griego en la literatura romana, y estableció el uso de duplicar las consonantes de sonido más agudo, con lo cual se restablecía el valor etimológico de muchas palabras y la cantidad de algunas sílabas alteradas en la pronunciación vulgar. Los *Anales* de Ennio, hermosa imitación de Homero, narración dividida en dieciocho libros, en exámetros, de la historia legendaria de Roma desde la venida de Eneas al Lacio, sirvieron de modelo á Virgilio para la *Eneida*, que tomó de Ennio no sólo conceptos, sino también expresiones é imágenes (2). Después de Ennio, además de Elio Stilón,

(1) En el último tercio del siglo VI las exageraciones y extravagancias en la enseñanza de la elocuencia dieron lugar á que los censores Cn. Domicio Enobarbo y L. Licinio Craso fijasen su edicto de prohibición, cuyos motivos se recuerdan en M. Tulio —*De Orat.*—, y en Aulo Gelio —*N. Att.*—; Suetonio —*De Reth.*— nos han conservado el edicto mencionado. A últimos del mismo siglo, después de la expulsión de los filósofos Alceo y Filisco, se trató de hacer salir de Roma á los retóricos y filósofos, como atestigua Suetonio, y es bien conocida la oposición hecha á Scipión Africano por el partido conservador con motivo de sus tendencias helénicas. Scipión Africano representó en su época la dirección *innovadora*, como algún tiempo después capitaneó la *conservadora* M. P. Catón, inspirador de varios decretos del Senado contra los adversarios, cuyo triunfo vino al fin él mismo á atestiguar dedicándose, ya septuagenario, al cultivo de la literatura griega.

(2) De las varias obras de Ennio (*Anales*, *Tragedias*, *Comedias*, *Sátiras* etc.), no quedan más que fragmentos, entre los cuales son

maestro del grande filólogo Varrón y de Cicerón, comentador de los himnos salios, de las doce tablas é instaurador de la crítica plautina; de Livio Andrónico, á su vez maestro de letras griegas y latinas en las que influyó con sus escritos (aunque de ellos decía Cicerón que no merecían ser leídos dos veces) y con traducciones como la de la *Odisea* hecha en saturnios reformados que por testimonio de Horacio sabemos se leían aún en su tiempo en las escuelas, deben mencionarse en esta época el poeta Accio (*Accius* ó *Attius*) y C. Lucilio, caballero de nacimiento (el primer escritor romano que no fuese esclavo ó plebeyo). A Accio se le debieron varias reformas ortográficas, si bien cayeron luego en desuso, como la de significar en la escritura las vocales largas con la duplicación de la letra, costumbre corriente entre otros itálicos (Oscos, Umbrios y Sabelios), el representar *i* larga por *ei*, señalar uso distinto á la *k*, *q* y *c*, de suerte que la primera se emplease delante de *a*, la segunda delante de *u* y la tercera en los demás casos y escribir á la manera griega *aggelus* por *angelus*, *aggulus* por *angulus*, etc., para hacer distinguir la nasal gutural de otras nasales. A más de esto introdujo Accio la innovación de que en los nombres griegos se conservase su flexión diciendo, por ejemplo, no *Hectorem*, sino *Hectora*; *Oresten* y no *Orestem*, etc.; innovación que alcanzó relativo éxito, que fué defendida por Varrón contra Cicerón y que adoptaron universalmente los poetas de la época de Augusto. Opuesto á las reformas de Accio fué el citado C. Lucilio, poeta mencionado por S. Jerónimo y fundador del verdadero género *satírico* en Roma (cuyos primeros esbozos hallamos antes en las *Saturales* de Ennio), á quien el idioma latino debe bastantes progresos, y si bien escribía con cierto descuido y desaliño que le echa en cara Horacio y que él mismo reconocía al

los mayores los de las tragedias (unos 400 versos) y los de los *Anales* que llegan á 690. (V. la edic. de L. Müller de 1885, *Q. Enni carm. reliquiae* etc., y la de los *Anales* hecha en 1900 por Valmagi). Si no fuesen suficientes estos restos de las obras de Ennio para atestiguar su verdadero mérito, bastaría recordar el grande honor en que le tuvieron hombres como Cicerón, Horacio y Quintiliano (sin contar Lucrecio y Ovidio), para atribuírselo. En la decadencia hubo quienes lo preferían á Virgilio, y en su tiempo los *Anales* producían entusiasmo delirante. Ennio tradujo la *Ἐπεὶ ἀναγραφὴ* de Evhemero, autor del *evhemerismo* ó sistema que explica el origen de la mitología griega por la divinización hecha de los héroes; la cual teoría aplicaba Ennio á las divinidades romanas de la misma manera.